¿CÓMO, CUÁNDO Y POR QUÉ LA PUNA SE CONVIRTIÓ EN TEXTO?

(HOW, WHEN AND WHY DID THE PUNA BECOME A TEXT?)

Alejandro F. HABER (*)

RESUMEN

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX la Puna de Atacama fue objeto de la creación literaria por medio del género de los relatos de viajeros. La geografía, la población y su historia fueron descriptos en términos de un paisaje extremadamente marginal. La transferencia de la experiencia del viaje por ese territorio singularizado como distante y objetivado como extraño fue el marco y la marca del género. Luego de caracterizar este género, que dio lugar a la Puna de Atacama como paisaje textual, ofrezco dos marcos de contextualización. En primer lugar, es confrontado con la historia de los paisajes materiales en la región, es decir con aquellas realidades objetivas que los viajeros hicieron subjetivas. En segundo lugar me ocupo del rol de la textualización de la Puna en su encuadre social e histórico más amplio, es decir, de aquellas realidades subjetivas que los viajeros hicieron objetivas.

ABSTRACT

In the late nineteenth and early twentieth centuries a literate genre of travelers' tales created the Puna de Atacama (Atacama plateau). The geography, its inhabitants and its history were depicted in terms of an extremely marginal landscape. The genre was framed and demarcated through the transposing of the experience of the travel across that territory; thus, the territory was singularized as distant and objectified as strange. Following the characterization of the genre that gave place to the Puna de Atacama as a textual landscape, I offer two frameworks for its contextualization. In the first place, the textual landscape is confronted with the history of the material landscapes from the same region, that is, with those objective realities made subjective by the travelers. In the second place, I go through the role of textualization of the Puna and its broader social and historical framework, that is, those subjective realities made objective by the travelers.

> "Acompañadme, no sobre la mula, sino con vuestra imaginación, que no experimentará ninguna sensación de frío, calor o viento, fatiga ni hambre, y vamos subiendo por una abrupta y escabrosa quebrada, no importa cuál, todas se parecen, que serpentea entre el espacio que dejan dos cordones de cerros escalonados y sucesivamente más elevados, que confunden entre sí sus repliegues, depresiones, precipicios y estribaciones; ensortijados unos á otros con vínculos de granito, destacándose las cumbres escarpadas y tortuosas de cada uno, penetran en el cielo y se envuelven en los blancos cúmulos que vagan y ruedan en sus cimas á impulso de las brisas."
>
> "Continuemos la marcha; hay que trepar por una senda llamada de faldeo. Poco á poco os vais elevando; estáis ya á una altura de mil metros sobre el fondo de la quebrada; formáis un ángulo de 70 grados cuyo vértice es vuestra mula; ¡Cuidado con el vértigo! Dejad que la cabalgadura siga á su albedrío la marcha; fiad en ella; os llevará con increible seguridad á la altura, por empinada y escabrosa que ella sea."
>
> "Estáis en la cumbre, es decir, á dos mil metros sobre el punto de partida. La vegetación ha desaparecido, la piedra se os presenta en toda su triste desnudez; una abrumadora aridez empieza. El viento helado y fuerte os azota cruelmente el rostro. El torrente de la quebrada queda reducido á pequeños chorrillos de agua que se desprenden de las hendiduras ó ciénagas al pie de enormes rocas sobresalientes. ¡Adelante! hay que olvidar la fatiga; la curiosidad os embarga; un solo pensamiento se fija en vuestra mente: ¿qué habrá al otro lado de la montaña?"
>
> "No podréis abandonar la angosta senda so pena de rodar con vuestra mula sobre los titulados pantanos secos de las pendientes. De trecho en trecho encontraréis un pobre arbustillo que pide al cielo una gota de agua por compasión."

* Escuela de Arqueología - Universidad Nacional de Catamarca / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Salas Martínez 464 - CP K4700 - San Fernando del Valle de Catamarca - Argentina.
Correo Electrónico: afhaber@ciudad.com.ar

> "Profundos é imprevistos barrancos os cortan el mísero camino, en cuyo fondo se escurre sin rumores, para no perturbar con una nota discorde el silencio general, un caudal de aguas termales ó frías, que pasan rápidamente para hundirse luego entre los bordes más ó menos anchos, festoneados de verdes pastos, que constituyen las mentadas vegas. Y cuando el sol del medio día arroja sobre vosotros sin piedad, diluvios de luz vívida y candente, no, no encontraréis una triste sombra que os ampare!"
>
> "No importa el cansancio del penoso viaje; hay que continuar la marcha para llegar al término de la jornada, que no se puede abreviar, porque vuestras cabalgaduras arriesgan perecer de hambre ó bien enfermar á consecuencia de los pastos dañinos que abundan en las distintas zonas de aquel territorio singular."
>
> "Al fin llegáis al lugar del obligado descanso: un oasis. ¿Créeis por ventura que sea un pedazo de tierra pintoresca como las que tan vivamente ha descripto Holmberg en sus notables conferencias? ¡Qué desencanto! Una ó dos hectáreas de pastos duros, denominado puna, que rodean á un manantial de aguas puras y cristalinas y el resto.....médanos de arena movediza, cerros de pedregullo, montañas de rocas desnudas y barrancas profundas, formadas por grandes peñas rodadas ó que amenazan derrumbarse!"
>
> "Agregad como corolario á este abrupto cuadro, que os espera en la noche un frío de 5 á 20 grados bajo cero, según la altura en que os halláis, que tenéis que soportarlo debajo de una sencilla tienda de campaña y algunas veces á la intemperie porque la viva piedra no os permite plantarla, y finalmente, el paso rápido de las cuatro estaciones anuales, más ó menos acentuadas y que se experimentan durante las 24 horas del día y tendréis bosquejado á grandes pinceladas el territorio de los Andes (Cerri, 1906, pp. 17-20)".

He comenzado con este largo pasaje del general Daniel Cerri en su informe al Congreso de la Nación en calidad de primer gobernador del territorio de Los Andes, que se había incorporado poco antes a la República Argentina como consecuencia de un laudo del gobierno de los Estados Unidos, porque deseo presentar desde un inicio a qué me refiero con **la invención literaria de la Puna de Atacama**. La Puna de Atacama, como categoría geográfica, es el resultado de la creación de un conjunto de obras literarias que fácilmente pueden ser enmarcados dentro del género de los relatos de viajeros, tal vez como una especialización tardía de ese género a la que podríamos denominar de relatos de viajeros a la Puna. Como otros exponentes tradicionales del género, la geografía es expuesta desde una situación determinada por la condición de viajero. Esta condición tiñe la narración y de allí que predomine en esta la retórica de exotización del paisaje que intenta transmitir al lector la experiencia primordial del viaje, que no es el viaje, sino el extrañamiento.

Si en algo coinciden los autores viajeros, es que para todos ellos la Puna de Atacama era un paisaje extremo, la muestra más cabal de la naturaleza indómita, que provoca extrañeza, confusión y horror:

> "La impresión que produce la PUNA en el viajero es tan extraña que no se la creería real. Uno se siente alejado de la tierra; casi parece que se atraviesa, al paso lento de la mula extenuada, un país lunar. La desnudez de esta naturaleza es horrorosa: se transforma todo en sombrío, taciturno; no se ríe ya; se tiene el pecho atenazado por este aire respirable apenas. Donde quiera que se dirija la mirada, se ven los mismos tonos sombríos, grises, indefinidos: la estepa inmensa, triste, color amarillo sucio con manchas verdinegruzcas, en donde las montañas grises, de contornos brutales, parecen ser un caos de rocas partidas, si se las mira de cerca, y nubes precursoras de tempestad en el horizonte, si se las ve de lejos. La armonía falta por completo. Y todo centellea en este aire rarificado; los objetos no tienen contornos fijos: están rodeados de un halo que tiene los colores del espectro solar, como si se los percibiera a través de anteojos muy fuertes. El cielo, de un azul pálido, no se nubla casi nunca. Los rayos del sol no encuentran resistencia al penetrar este aire de una densidad mínima. La luz es cruda; choca al ojo como la del magnesio. No hay penumbra: sólo la sombra nítida, definida, negra y la luz blanca, incandescente, despiadada. Las fotografías del altiplano lo demuestran: la sombra está representada por una mancha negra como la tinta; en los lugares soleados, la tierra es tan blanca que parece cubierta de nieve. No existe ninguna transición entre el negro y el blanco; al mirar estas fotografías, se cree en un error de exposición o de viraje. Un silencio absoluto reina en la PUNA: ni un canto de pájaro; los escasos seres vivientes no hacen ruido y, si uno se adelanta algunos pasos a la caravana, no se oye ni el cencerro del caballo que guía a las mulas, ni los gritos y las palabrotas de los muleteros: el aire es tan liviano, que las vibraciones del sonido se apagan casi inmediatamente. A 50 m. hay que gritar muy fuerte para ser oído. Un disparo de fusil no se oye casi más allá de los 100 m." (Boman, 1991, pp. 414-415).

El desierto, su dureza, su soledad, su inmensidad y monotonía, es incorporado a través de la exploración de sus sendas, viajando a mula o con la imaginación. Y con una u otra, se incorporan

también los peligros, reales o imaginarios, de este paisaje límite de la nación. El contexto histórico en el que se desarrollan los relatos de viajeros a la Puna de Atacama es el de la competencia entre las repúblicas Argentina y Chilena por la expansión territorial y demarcación de sus mutuos límites, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, que es también el contexto más amplio en el que ambas naciones, así como casi todas las otras naciones, construían sus identidades nacionales no sólo en relación a pretendidos orígenes comunes sino a declamados proyectos civilizatorios progresistas justificadores de cada uno de esos experimentos políticos. En gran medida los viajeros desarrollaron una literatura cartográfica que, como toda cartografía, debía ser una imagen para representar la autoridad política. Así, narrando una geografía desoladora se elaboró la idea de una desolación cultural. Tal como la Puna de Atacama fue definida en términos de naturaleza por excelencia indómita y peligrosa, sus habitantes fueron considerados como parte necesariamente integrante de la misma pintura del paisaje. La mera existencia de los puneños parece ser un error, o simplemente no representar modificación alguna al carácter indómito de la Puna:

> "Un odio concentrado, reprimido i como en estado latente para estallar en ocasion propicia, parece ser el sentimiento dominante en el alma del indíjena boliviano; bajo las apariencias de una humildad resignada que se desquita hostilizando i se consuela con la ilusoria posesion de un suelo que defiende con su única fuerza, la inercia, solo trata de aprovecharlo para sí solo con el no ménos ilusorio recurso de negarse a todo".

> "¡Cuánta útil i bienhechora tarea está reservada al progreso de la civilización entre aquellas jentes de dulces instintos e indestructible amor a sus tradiciones i a su mísero suelo!" (San Román, 1896, pp. 245-246).

> "Son incansables para andar en las montañas; sobrios y humildes, su mirada es inteligente y vivaz; pero son disimulados y falsos."

> "Sus costumbres, su carácter y sus tendencias son netamente bolivianas, pero no les importa pertenecer á cualquiera de las naciones limítrofes, siempre que los dejen tranquilos y no les cobren diezmos"(Cerri, 1906, pág. 49).

El retrato de los puneños los reduce a elementos naturales, indistinguibles del paisaje como los reptiles, tan mezquinos en sus dotes como la naturaleza de la que forman parte, tan inútiles al progreso como no sea que se les instruya en la idea patriótica de la nacionalidad.

> "El primer ejemplar i modelo vivo salido a nuestro encuentro correspondia al jénero sucio en la mas horrible i estraña forma de animal conocido, pasando por el transformismo de la inmundicia a una casta o variedad de la especie humana no clasificada todavía por los naturalistas."

> "Era animal hembra; su cabeza soportaba el peso de una espesa i enorme masa de materia cabelluda amasada con la grasa, el polvo i la basura de ochenta años; el hueco de las orejas relleno tambien de sedimentos allí depositados quizá durante igual trascurso de tiempo; la boca orlada de un anillo verde de coca masticada; los ojos cubiertos con un tejido amarillento de materia indefinible; las tetas colgantes en forma de bolsas alargadas hasta el ombligo; i la piel toda, de piés a cabeza, cubierta de hojuelas duras i relucientes como escamas de pescado."

> "Cerca de la morada donde habitaba aquel sér humano, un hueco entre dos piedras, desnudo de todo objeto de comodidad, como si lo habitara un reptil, los peones levantaban nuestra carpa de limpia lona coronada con un gallardete tricolor que ondeaba alegre i vistosamente en aquellos aires donde jamás habia flotado emblema alguno de idea patriótica, profana o sagrada" (San Román, 1896, pp. 253-254).

> "Toda esta singular familia ha nacido allí en el desierto, entre los intersticios de las rocas, contemplando estúpidamente y sin comprender el más hermoso cielo que yo haya visto en mi vida y la más árida y abrupta tierra que haya pisado" (Cerri, 1906, pág. 51).

La población de la puna fue caracterizada en términos acordes con la descripción del paisaje, y ambos configuraban un cuadro de extrema marginalidad respecto de los ambientes templados y fértiles considerados más propicios para el cultivo de la civilización.

Los autores fueron argentinos y chilenos, pero también europeos, algunos de ellos contratados por los estados del cono sur, o bien radicados allí, o mejor dicho aquí. Ello nos señala una diferencia respecto del género literario en el que estos relatos se inscriben, ya sea que nos remitamos al relato pionero de von Humboldt del siglo XVIII, o a los relatos de viajeros ingleses al Río de la Plata que, como ha mostrado Prieto (1996), constituyen esa original mirada extraña en la que se reflejan las posteriores miradas de la literatura nacional. Entre la literatura de viajeros a la Puna, en cambio, encontramos desde un comienzo una confluencia con los intereses de los estados del Cono Sur, elaborando un objeto extraño pero que, al menos como proyecto, no deja de ser propio (1). Es que la

Puna de Atacama, como encarnación de la alteridad radical respecto de la nación como proyecto civilizatorio, es la justa medida de dicho proyecto, es decir, describe el entero trayecto de su alcance político (2).

Pero vale la pena, llegados a este punto, confrontar el paisaje de la Puna narrado en los textos de viajeros como expresión más absoluta de la naturaleza indómita, con los paisajes materiales de esa misma región, o, para decirlo de una manera más apropiada, con las realidades objetivas que los viajeros hicieron subjetivas. Cuando Bolivia, Argentina y Chile pugnaban por el control de la Puna de Atacama y los viajeros retornaban de ella para decir que era un desierto parecido a la luna, hacía varios siglos que un modo de ocupación del territorio se había tornado dominante. He denominado a este modo de ocupación paisaje de enclave, caracterizado como no orientado por ningún proceso histórico local, sino obedeciendo a las dinámicas socioeconómicas y políticas de sistemas socioeconómicos vallistos, imperios andinos o europeos y, finalmente, a las de la economía global del mundo contemporáneo (Haber 1999b). Los enclaves se organizaron de acuerdo a la lógica de la práctica productiva de extracción, elaboración y transporte de los recursos de interés, estructurando el espacio según las demandas y posibilidades de control de los recursos y de la fuerza de trabajo (Haber, 1999b). Algunos casos ejemplares del paisaje de enclave son la Mina Incahuasi (Figura 1), instalada en la costa del salar del Hombre Muerto en la primera mitad del siglo XX (Haber, 1999b), la explotación argentífera del volcán Antofalla (Figura 2), beneficiada en el trapiche (Figura 3) de la localidad homónima a mediados del siglo XIX (Haber, 1999a), Loreto de Ingaguassi (Figura 4), predecesora durante el siglo XVIII de la mencionada anteriormente (Hidalgo, 1982), la instalación inca en el mismo sitio de la anterior y en Vega Incahuasi (Figura 5) (Haber, 1999b), y la instalación Belén de La Alumbrera a orillas de la laguna de Antofagasta (Raffino y Cigliano, 1973). La Puna de Atacama era así incorporada a las dinámicas extrapuneñas desde la lógica y las decisiones orientadas por intereses extrapuneños. Las poblaciones puneñas proveían fuerza de trabajo, avíos y transporte, además de su propia reproducción. La articulación entre la producción del enclave y la producción campesina fue motivo de más de un conflicto, y los campesinos puneños retuvieron ciertos espacios de maniobra que les permitía negociar y luchar en defensa de sus propios intereses. Los recurrentes problemas que en épocas de siembra y cosecha enfrentaban los enclaves mineros para conseguir 'bajatiris', o puneños que proveían sus animales de carga, llamas y mulas, para bajar los minerales desde las explotaciones mineras hasta las instalaciones de procesamiento primario, que en más de una ocasión determinaba un ritmo estacional en la producción de mineral, son un ejemplo (Platt, 1987). La revuelta de Nuestra Señora de Ingaguassi de 1775, en la cual el corregidor de Atacama la Alta debió escapar hacia Salta, a riesgo de perder su vida, es otro ejemplo (Hidalgo, 1982). No debería pensarse, entonces, que el conjunto de las vidas de los puneños quedaban a merced de los intereses de los enclaves, pero queda claro que el paisaje de enclave instalaba en la puna una cotidianeidad signada por los objetivos de la extracción de recursos para alimentar economías no puneñas.

El contraste entre el paisaje narrado en la literatura de viajeros y el paisaje material de los enclaves impone un interrogante. ¿Era posible una textualización alternativa de la Puna, que no estuviera impregnada de la retórica del viaje? De hecho, lo fue. Un ejemplo de ello es la presentación de José María Dalence (1851) en su Bosquejo Estadístico de Bolivia, ya no de la Puna, sino de la región que luego sería textualizada como Puna de Atacama, es decir, del cantón de Antofagasta del Departamento Litoral de Atacama, perteneciente a la República Boliviana. El texto en cuestión no es el relato de un viaje, sino una descripción geográfica de Bolivia; no está filtrado por el extrañamiento, sino por la perspectiva de lo propio. La temporalidad narrativa no es paralela a la temporalidad de la travesía, sino ordenada geográficamente. En el capítulo correspondiente al Departamento Litoral, en el apartado 'Montañas', se enumeran los 'potreros', con la siguiente apreciación:

> "Como el enumerar los postreros seria demasiado fastidioso, espresaré solo los principales, y los que sirven de primera escala á los Arjentinos, para invernar sus tropas de mulas, y conducirlas al interior de la República, al Perú, y aun á Copiapó: asi quedarán desvanecidas, en grande parte, las idéas incompletas y poco favorables que se tienen de Atacama (Dalence, 1851: 67).

La descripción de los recursos naturales y de su articulación en los circuitos mercantiles, actual o potencial, es, para Dalence, motivo suficiente para albergar la ingenua expectativa de que las ideas "incompletas y poco favorables" fueran a desvanecerse. El objeto geográfico fue construido por Dalence con la expresa intención de contrarrestar las visiones contemporáneas de Atacama como un espacio marginal. Leído en retrospectiva, su texto parece crítico de la visión de la Puna de Atacama que se establecería en los años subsiguientes mediante la experiencia y textualización del viaje: "… el tránsito de esta cordillera en ninguna estacion es peligrosa, porque las nevadas no son copiosas, ni continuas (Dalence, 1851: 67)".



Figura 1: Mina Incahuasi. Instalación minera activa hasta mediados del siglo XX, en la costa del salar del Hombre Muerto. La fotografía está tomada desde lo alto del cerro que ofrecía la mayor concentración aurífera. En primer plano se observa el socavón principal. Las estructuras arquitectónicas están emplazadas sobre el terraplén formado por la acumulación de sedimento acarreado desde la mina. La orientación del socavón principal es la misma que la de la mayoría de la arquitectura.



Figura 2: Campamento de altura de la explotación argentífera del Volcán Antofalla, tal como se lo fotografió antes de su última remodelación como parte de las actividades de exploración de la década de 1990. Las estructuras habían sido remodeladas y reutilizadas en décadas anteriores. La instalación original es de la primera mitad del siglo XIX, y sirvió de campamento base para la explotación de las minas cercanas. El mineral era llevado desde allí hasta el trapiche de Antofalla.



Figura 3: Edificio del trapiche de Antofalla, donde se procesaba el mineral obtenido en las minas del Volcán Antofalla, durante la primera mitad del siglo XIX. En primer plano se observa la planta alta del edificio, con el durmiente de piedra para la molienda. La muela giraba sobre este, accionado mediante la rotación de un eje vertical, traccionado desde la planta baja aparentemente por fuerza humana. En las proximidades hay restos de hornos de fundición. En el fondo, las casas con techo a dos aguas, actualmente habitadas, formaron parte del mismo complejo industrial en épocas de funcionamiento del trapiche. El trazado lineal del actual poblado de Antofalla se origina en el trazado de la instalación del siglo XIX.



Figura 4: Ruinas de Loreto de Ingaguassi, asiento del Anexo del Corregimiento de Atacama la Alta, del siglo XVIII, y escenario de la revuelta indígena de 1775, ubicado en la Península Incahuasi del salar del Hombre Muerto. En el centro de la fotografía se observa los restos de la capilla de N. S. del Loreto, por donde pasaba la calle principal del poblado. La explotación minera durante la primera mitad del siglo XX ha socavado el cerro donde se emplaza este poblado. Recientes perforaciones de exploración minera han destruido algunas de las estructuras, construido el camino en Z que se ve al fondo, y degradado las condiciones de conservación de las ruinas. En la periferia de este poblado se observan estructuras con arquitectura y cerámica incaica, evidenciando anteriores explotaciones de este mismo mineral.



Figura 5: Intalación incaica de Vega Incahuasi, junto al salar del Hombre Muerto. Probablemente haya sido un asentamiento de apoyo a la explotación aurífera de la Península Incahuasi, siendo este el más próximo sitio con disponibilidad de agua dulce. El camino que se observa en el centro a la derecha de la fotografía atraviesa el poblado incaico y es de ese mismo origen. Es probable que este camino condujera a la Península Incahuasi, donde se encontraba el mineral.

Contrastan con estas visiones los desconsolados lamentos de los autores viajeros, quienes describieron a la Puna de Atacama como enteramente desarticulada del mundo, tanto económica, como política y culturalmente. Incluso más inoportuno aparece ahora el despliegue de imaginación progresista del que los autores viajeros hicieron gala en sus obras, inventando futuros planes de canalización y colonización enfitéutica en Carachipampa (Maldones, 1899), fábricas de quesos en Antofalla, criaderos de yaks en Antofagasta (Holmberg, 1988), toda vez que desconocía una larga historia de articulación puneña al mundo, que en la época de los viajes a la Puna de Atacama era evidente sobre todo a través de la explotación minera en Antofalla y Hombre Muerto, y el engorde de mulas y reses en las vegas de Antofagasta y Antofalla en viaje desde Salta y Catamarca hacia las oficinas salitreras del desierto costero.

Pero no quiero decir con esto que la literatura de los viajeros no representara adecuadamente la realidad, una afirmación que implícitamente clasificaría a la cultura materializada en los paisajes de enclave como más real que la cultura textual. Pero sí que la perspectiva de los viajeros, que como tal condicionaba un extrañamiento, determinaba que fuera este un extrañamiento respecto a una realidad no menos imaginaria que la que finalmente quedó plasmada en sus textos. En este sentido, la marginalización de la puna que se hace evidente en la literatura de los viajeros formó parte de sus experiencias de viaje, pero incluso antes de que estos viajes fueran acometidos. El monólogo resultante, producto elocuente del cual es la literatura de viajeros, puede ser vinculado con la larga historia de construcción de la puna como objeto geográfico-cultural. Se trata, por un lado, de una historia construida textualmente desde los comienzos del período virreinal peruano, cuando casi toda referencia a la región atacameña en su conjunto viene acompañada de categorías como 'tierra áspera y fragosa' y 'tierra rebelada' (Martínez, 1992). Pero, al mismo tiempo, es una historia construida materialmente a través de los enclaves, ya desde antes del Virreinato, durante la ocupación Inca de los enclaves mineros y sagrados, y tal vez antes, desde la ocupación vallista de enclaves extractivos en Antofagasta (Cigliano y Raffino, 1973).

Los enclaves en la Puna no fueron solamente el resultado de un conjunto de prácticas extractivas orientadas por intereses extrapuneños. También fueron, cada uno a su turno e incluso en la medida en que se desactivaban y se convertían en ruina,

representaciones de esas prácticas. Para los puneños pudieron representar amarres materiales en la narración de las subjetividades, tal como actualmente lo son Mina Incahuasi y La Casualidad en la historia oral de los campesinos varones de la Puna. Para los extrapuneños vinculados con la gestión de los enclaves y el control de su fuerza de trabajo, fueron adecuados dispositivos de disciplinamiento de la poblaciones campesinas pero, también, mudos testigos de que el discurso marginalizador no emanaba naturalmente de una perspectiva visual extrañada, sino de prácticas sociales concretas que situaban a cada actor en un lugar particular de una cotidianeidad jerarquizada y, a todos, en un mismo lugar: los enclaves. Estas realidades objetivas son las mismas que aparecen en la literatura de viajeros pero, allí, bajo la forma de narraciones subjetivas que representan la experiencia del viaje y la esencial naturalidad de la Puna como dato percibido a través de esa experiencia.

Veamos ahora de qué manera esas realidades subjetivas fueron vueltas objetivas por los viajeros, es decir, cuál ha sido el rol de la textualización de la Puna en su encuadre social e histórico más amplio. La Puna de Atacama como objeto geográfico y cultural, fue construida por medio de un género literario, no porque se tratara de un género que volvía más efectiva la mirada marginalizadora de la puna de la que ya la enclavización se había estado ocupando, sino porque la literatura permitía una inscripción capaz de ser leída no sólo en otros tiempos y lugares, alejados de los paisajes descriptos. La literatura de viajeros sería leída por otros individuos que nunca apoyarían sus reales sobre el lomo de la mula para atravesar las cordilleras. Estos, en definitiva el conjunto de la sociedad, viajarían, entonces, con la imaginación.

> "Tengo los huesos molidos, los ojos irritados por las arenas flotantes en el aire dorado, la tez grietada por el cierzo implacable y mi sistema nervioso perturbado por esos saltos mortales del termómetro, de 70 (grados) en seis horas", le escribe Estanislao Zeballos a Daniel Cerri en respuesta al informe que le enviara. "Tengo la 'puna' o el 'soroche', mi general. Y ¿qué comeremos mañana, y después, y en todo el año, allí donde no engordan y á veces no viven las reses, ni es posible cultivo alguno, y solamente 'salares' (supongo que quiere decir salinas) y sal nos brinda el terreno, con sus pedriscales, arenas y áridas montañas, á porfía?" (Zeballos, 1906).

Los lectores de la literatura de viajeros a la Puna de Atacama no sólo incorporarían la experiencia del viaje que los autores se esmeraban en transmitir, sino también el sentido que estos le dieron a su descripción. Guido y Spano nos muestra elocuentemente la lectura que a principios de siglo XX se hacía de los relatos de viaje a la Puna, cuando al contestarle a Cerri, dice, "Cuando menos lo pensaba me ha hecho Ud. viajar, imaginándome seguirle en la región bravía que nos pinta con tan vivos colores, comparable sólo a la que el Dante atravesara en su descenso a los infiernos; con la diferencia, no obstante, de que Ud. en vez de bajar hacia el abismo, ha subido á escarpadas alturas, atravesando páramos desiertos, donde según lo describe, "por todas partes reina la soledad y el silencio..." (Guido y Spano, 1906).

La Puna de Atacama cuajaba así como el extremo de la alteridad que podía ser incluido dentro del proyecto civilizatorio encarnado por la Nación moderna. El contrapunto a la mirada alterizadora lo encontramos en el texto de Dalence (1851), en el que Atacama era un objeto integrado a su otro objeto más amplio, la República Boliviana, y precisamente en el supuesto de la integración geográfica de la nación hay que inscribir la lectura que allí se hace de la Puna. Desde las otras y posteriores miradas, en cambio, la Puna era la geografía más distinta a la argentina pampa húmeda. Y su población, supuestamente aislada durante siglos, era tan alejada de la muy europea Buenos Aires como depositaria de un acervo tradicional ancestral. Tal vez allí debamos buscar el origen de los recientes lamentos por la pérdida de la cultura antofagasteña, como si la cultura fuera una cosa que se tiene o no se tiene, incluso que pueda ser perdida (García y Rolandi, 2000). Las representaciones antropológicas, históricas y arqueológicas de los puneños como sobredeterminados por las extremas condiciones ambientales, compelidos a organizar cada aspecto de sus vidas tras la eterna lucha por asegurar sus susbistencia, nos privan definitivamente de la posibilidad de comprender la historia puneña como otra cosa que una historia natural (Haber, 2000; Isla, 1992; Pérez Gollán, 1994). Así, por ejemplo, las arqueologías de la Puna de Atacama han oscilado alrededor de tres tópicos recurrentes. La arqueología más tradicional la ha visto como una zona culturalmente marginal, de escaso o inconsecuente desarrollo, y en todo caso poco merecedora de ser incluida entre las líneas ancestrales de las más desarrolladas culturas regionales. El resto de los arqueólogos se han orientado hacia una explicación de tipo económico. O bien la ocupación humana de la Puna de Atacama se caracterizó por instalaciones temporarias motivadas por la asistencia logística a caravanas de tráfico entre los valles del noroeste argentino y los oasis del norte chileno, o bien las poblaciones de la puna se dedicaban a la búsqueda de su subsistencia diaria como una de sus más

omnipresentes preocupaciones. La prehistoria puneña suele ser caracterizada como la lucha por la subsistencia a la que un puñado de poblaciones de pastores de llamas han estado condenados durante los últimos varios milenios de la historia (Haber, 2000). En la arqueología de la Puna de Atacama el paradigma de la marginalidad ha operado como un supuesto. De hecho, lo ha sido tanto porque forma parte de nuestros propios prejuicios culturales, como de las aparentemente frías descripciones geográficas de las que se nutren. Y ya sabemos dónde unos y otras abrevan: en la literatura de viajeros a la Puna de Atacama.

Resumiendo: La Puna de Atacama es un objeto. En primer lugar, es un objeto literario, es un texto. Es el resultado de las acciones literarias de un reducido conjunto de individuos que viajaron por la región a fines del siglo XIX y comienzos del XX. He tratado de mostrar de qué maneras podemos contextualizar la producción de ese objeto. Y mi estrategia fue considerar objetos a esos sujetos a cuya autoría debemos la literatura de viajeros. Pero también he pretendido que nosotros, y yo mismo para empezar, podríamos vernos como objetos, en parte producidos por esa producción que fue la literatura de viajeros. La Puna de Atacama, entonces, ha sido una invención literaria. Su carácter de invención hace referencia al contexto histórico en el que ocurrió, relacionado con la demarcación de los límites territoriales y conceptuales de los estados nacionales del cono sur. Su carácter literario ha permitido que impregnara la reproducción cultural en nuestra sociedad urbana y escolarizada, e incluso los textos académicos derivados. De tal manera, nosotros mismos, nuestras subjetividades contienen alojada ya, aún antes de que viajemos a la puna, el monólogo por medio del cual la puna fue construida.

NOTAS

1) Dentro de este marco, habría que considerar a los textos originados en misiones extranjeras como, por ejemplo, la francesa y la sueca, dirigida esta última por von Nordeskjold, como guiadas por intereses disímiles y, por lo tanto, marginales al género. No obstante, los textos de Eric Boman, participante en ambas expediciones y uno de sus más prolíficos autores, se enmarcan centralmente en el género de los relatos de viajeros a la Puna, situación en la que su propia condición de inmigrante y de participante en la vida social local no debería ser pasada por alto.
2) Esta tesis ha sido más extensamente desarrollada en otro texto (Haber, 2000).

AGRADECIMIENTOS

Leí una primera versión de este texto en una conferencia que llevó como título “La invención literaria de la Puna de Atacama”, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca en junio de 2001, y una segunda versión en el Seminario Internacional conmemorativo de los cien años de la expedición Nordenskjöld, en San Salvador de Jujuy, en agosto del mismo año. Agradezco los comentarios, críticas y reacciones de los participantes en ambos encuentros, así como a los respectivos organizadores, quienes me brindaron la oportunidad de hacerlo.

BIBLIOGRAFÍA

BOMAN, E (1991) [1908] Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama. Tomo I. Traducido por D. Gómez Rubio, San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

CERRI, D (1906) El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri. 2 Ed. Buenos Aires, Penitenciaría Nacional.

DALENCE, JM (1851) Bosquejo estadistico de Bolivia. Chuquisaca, Imprenta de Sucre.

GARCÍA, SP y ROLANDI, DS (2000) Cuentos de las tres abuelas. Narrativa de Antofagasta de la Sierra. Buenos Aires, UNESCO.

GUIDO Y SPANO, C (1906) Carta al Sr. General D. Daniel Cerri del 12 de abril de 1903. En El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri. 2 Ed. Buenos Aires, Penitenciaría Nacional.

HABER, AF (1999a) Informe de impacto arqueológico de la fase de exploración (plan de perforación) del área de reserva minera Antofalla Este. San Fernando del Valle de Catamarca, Universidad Nacional de Catamarca.

HABER, AF (1999b) Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, identidad e interacción en Antofalla, primer y segundo milenios d. C. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.

HABER, AF (2000) La mula y la imaginación en la arqueología de la Puna de Atacama: una mirada indiscreta al paisaje. TAPA (Traballos en Arqueoloxía da Paisaxe) 19:7-34.

HIDALGO L, J (1982) Fases de la rebelión indígena de 1781 en el corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede, 1749-1781. Chungará 9:192-246.

HOLMBERG, E (1988) [1900] Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama). Reimpresión. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

ISLA, A (1992) Jujuy en el siglo. Estrategias de investigación. Introducción. En Sociedad y articulación en las tierras altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo. Buenos Aires, Movimiento Laici per L'America Latina.

MALDONES, E [E. M.] (1899) Catamarca y la Puna de Atacama (recopilación ó extracto). Buenos Aires, J. Peuser.

MARTÍNEZ, JL (1992) Textos y palabras: 4 documentos del siglo XVI. Estudios atacameños 10:133-147.

PÉREZ GOLLÁN, JA (1994) El proceso de integración en el valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. Rumitacana 1(1):33-41.

PLATT, T (1987) Calendarios tributarios [sic] e intervención mercantil. La articulación estacional de los ayllus de Lípez con el mercado minero potosino (siglo XIX). En La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX. La Paz, CERES/SSRC.

PRIETO, A (1996) Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1950. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

RAFFINO, RA y CIGLIANO, EM (1973) La Alumbrera, Antofagasta de la Sierra. Un modelo de ecología cultural prehispánica. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología VII(NS):241-258.

SAN ROMÁN, FJ (1896) Desierto i cordilleras de Atacama. Santiago, Imprenta Nacional.

ZEBALLOS, ES (1906) Carta al Señor General Daniel Cerri del 8 de abril de 1903. En El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri. 2 Ed. Buenos Aires, Penitenciaría Nacional.